

XXIV Congreso Pedagógico de UTE-CTERA 2019

**EDUCACIÓN PÚBLICA EN LUCHA
LECTURAS Y REGISTROS PARA LA CONVIVENCIA CIUDADANA**

Maestro Carlos Alberto “Cacho” Carranza, Cacho

Gerardo Cirianni

*Y si después de tantas palabras no sobrevive la palabra!
Si después de las alas de los pájaros, no sobrevive el pájaro parado!
Más valdría, en verdad, que se lo coman todo y acabemos!
César Vallejo, Poemas humanos.*

¿Por dónde empiezo?

No hablaré de Cacho en el solo orden cronológico de los acontecimientos compartidos. No burocratizaré la memoria. No edulcoraré los recuerdos. Diré lo que se de él, lo que vivimos.

Las cosas van en torbellino, sin orden pero creo que con mucho concierto: el del sueño de un mañana mejor para todos, sin mezquindades ni cálculo.

¿Por dónde empiezo? El día en que murió el General Perón estábamos trabajando en la escuela 11 del entonces distrito 19.

Bajamos al patio, nos abrazamos, lloramos. La gente del barrio empezó a llegar espontáneamente a la escuela. A la hora había más de cien personas. Venían a abrazarse con los “pibes maestros peronistas”. Éramos cuatro los claramente deshabados.

Recuerdo que fuimos a la cocina y les pedimos a las señoras que trabajaban que empezaran a preparar café. Las señoras lloraban y preparaban café.

En el patio de la escuela comenzó entonces un espontáneo velatorio. De alguna manera todos estábamos velando a nuestro padre.

Durante tres años lo vi todos los días, desde las ocho de la mañana a las cinco de la tarde. Éramos los maestros suplentes que además de poner de cabeza la lógica del quehacer cotidiano en la escuela nos íbamos a La Quema a buscar a los pibes que faltaban mas de tres días.

El techo del comedor estaba pintado de blanco pero había días en que era bastante negro pues las moscas siempre fueron hermanas del basural. Y no sé si existió en la capital un basural de la dimensión del que abrazaba a Lugano, Soldati y Parque de los Patricios.

Para ese entonces yo ya había ido a alfabetizar a Chile en el verano del 71 y recuerdo muy bien cómo Marcela, su compañera, me pidió que armáramos unas mateadas en el patio de la casa de Soldati para conversar con los compas de la Villa que querían sumarse a una campaña de alfabetización. Fueron varias las reuniones y una de ellas se

cruzó con un 9 de julio. Llega al recuerdo un loco inolvidable cocinado y orquestado por el Pocho Muro, tan tucumano él, tan Pacífico, tan Argentino que así se llama el compa: Pacífico Argentino Muro.

Fechas, encuentros y desencuentros

El 17 de noviembre del 73 la escalinata de la plaza del Congreso nos vio juntos cantando el Himno Nacional, esperanzados en que los maestros pronto tendríamos Sindicato Nacional en serio, con federaciones, con confederación.

En aquella época muchos nos miraban de reojo. Decían que AUDEC (Asociación Unificadora de Docentes de Capital) era un invento peronista, que armábamos un engendro pues no soportábamos estar en minoría y que... Lo cierto es que mas allá de dimes y diretes había algo que nos diferenciaba y que era compartido, por ejemplo, con los compañeros de La Matanza, o de General Sarmiento y de varios mas del conurbano bonaerense: queríamos estar en la CGT, sentíamos que ese era el lugar natural de los trabajadores. Hoy esa discusión parece vana. Sin embargo era un gran parteaguas en la época. Cacho, yo y unos cuantos más, dimos discusiones, soportamos injurias, nos enfrentamos a quienes nos veían como descocados muchachos peronistas.

Yo trabajaba también en provincia, en La Matanza. Las reuniones sindicales muchas veces eran en la sede de la UOM. Mis compañeros de pelea cotidiana en la histórica Unión de Educadores de la Matanza eran Mary Sánchez, Hugo Yasky, Delia Bisutti.

Cuando en la mañana llegaba a la escuela 11 de Capital y volvía a sentir la hostilidad de los rostros de compañeros que aún no entendían nuestro modo de ver el camino que teníamos que recorrer para que la organización de los maestros no fuera burlada, sentía más y más admiración por Cacho. Es más difícil, más árido recorrer el camino cotidiano por un sindicato unido, digno y a la altura de los intereses de los trabajadores, cuando peleás a contra corriente. Y esa era la apuesta de Cacho cada día.

Me voy a otras dos fechas inolvidables. Noviembre 17 del 72. Perón regresa al país después de 18 años. No llegué al aeropuerto porque los gases para nosotros empezaron en la avenida Rivadavia a la altura del puente de Liniers. Le dije a Cacho que iría con la Juventud Peronista de Liniers, creo que por invitación del compañero de Delia Bisutti y los compañeros de FOETRA, pero que seguro nos veríamos allá. Ezeiza era algo mucho mas pequeño de lo que es hoy. Ezeiza fue ese día un mito genial. El río Matanza nuestra frontera. Lanusse decretó: hasta ahí muchachos, la cosa no da para tanto.

Pero al día siguiente lo vimos salir al General a la ventana de Gaspar Campos para saludar una y otra vez a las miles de almas esperanzadas que lo aclamaban. Creo que nunca nos dimos con Cacho un abrazo más emocionado. No era tan común como ahora besarse entre amigos hombres. Si la memoria no me falla, ese día rompimos la norma.

El 20 de junio del 73 no nos vio juntos pues fui con los compas de La Matanza y regresé atravesando campos y llorando como cientos de miles.

El 1ro. de mayo del 74 fuimos a la plaza y nos retiramos juntos pero dolidos, aturdidos como miles y miles. A partir de allí todo cambió. Nos reuníamos informalmente para tratar de explicar qué ocurría, qué les ocurría, qué nos ocurría. Desesperanza.

Tuvimos una breve primavera. El 13 de junio del 74 vimos pasar camiones con gente de la Villa de Soldati cantando la marcha peronista. Iban para la plaza, el General convocaba. Y allí mismo, contra viento y marea, contra el director que nos amenazó con abandono de cargo (sabíamos que no lo haría, éramos los maestros que más trabajábamos en la escuela) fuimos a verlo, a concertar con él la despedida, a enlazarnos en la más maravillosa música: para él nuestras voces, para nosotros la de él.

La escuela

Ya ven, la historia..., si se escribe desde el corazón, nunca es cronológica, porque cronos contra todos los supuestos no es lógico. ¿Es lógico que todo lo que estoy relatando haya ocurrido en solo, por ahora, tres años?

Fueron tres años donde ocurrieron tantas cosas en tan poco tiempo que hoy parecen inverosímiles. Nos reunió el 72 (éramos cuatro los mosqueteros), es decir, la esperanza de una patria para todos, y nos desparramó el 75. Así que Cacho y yo junto al Vasco Urdangariz y a Pocho Muro vivimos la alegría de la esperanza y la angustia del cataclismo.

Detalles de la escuela. Esténcil es una palabra algo arqueológica en el siglo XXI. Pero era el pan de cada día para los que queríamos que los pibes de La Quema tuvieran una escuela mejor que cualquier pibe de cualquier barrio. Así que aprovechábamos los mediodías para transcribir los textos que escribíamos para ellos. Cacho, el que menos usaba el corrector, un maestro, el maestro; yo, un verdadero peligro con la máquina de escribir (otro objeto que se herrumbra en los laberintos de la memoria).

Habíamos elegido esa escuela. Éramos suplentes y elegíamos las escuelas que casi nadie quería.

Antes, yo había elegido la 1 del 19 dentro de la Villa 20 de Lugano y allí nos fuimos turnando para seguir trabajando con el mismo grupo de pibes durante tres años, Eduardo Vicente y Daniel Feldman.

En la 11 descubrí el trabajo en equipo. La planta alta de la escuela estaba virtualmente tomada por Cacho, Pocho y Jorge (quinto, sexto y séptimo). Yo, el último que había arribado al paraíso de los nuevos sueños escolares, estaba en la planta baja con los niños de cuarto y algunas compañeras (no sé cómo pude querer y al mismo tiempo detestar a las mismas personas). Pero como trabajábamos por áreas y yo daba Naturales compartía con los pibes mas grandes varias horas a la semana.

¿Podrá creerse hoy que nos íbamos de campamento con sesenta u ochenta pibes a la costa de Quilmes o a San Antonio de Areco? Sí, nos íbamos el viernes en la tarde y regresábamos el domingo en la noche. Los cuatro mosqueteros con carpas, ollas y bolsas de comida, en colectivos alquilados y con la total confianza de los padres. Recuerdo haber compartido, con Cacho y los otros dos mosqueteros, por lo menos ocho o diez aventuras de este tipo a lo largo de esos años. ¿Estoy hablando de un mundo diferente? Lo sé, solo quiero dejar constancia que existió y que nuestro trabajo esos fines de semana era total y absolutamente voluntario.

Algo lindo de recordar eran nuestras exploraciones a La Quema. No íbamos solo a buscar niños que habían dejado de ir a la escuela; íbamos a reconocer cómo se las arreglaba la vida vegetal y animal para sobrevivir en los albores del mundo intoxicado. Descubrimos formas de vida que se enlazaban de manera única en ese entorno. Presentábamos nuestras conclusiones en asambleas periódicas con la asistencia de casi todos los pibes de la escuela. El nombre del hábitat que mostrábamos y explicábamos se llamaba ecosistema artificial degradado. No, si para nombrecitos siempre fuimos poetas...

La hora del recreo después de la comida era la hora fatal. Por eso, cuando no teníamos que tipear estenciles, hacíamos guardias de a dos para cuidar a los pibes en el recreo largo y los dos que no estaban de guardia hacían una siestita en el fondo de alguno de los salones. Verdad eso, para qué lo voy a ocultar. Aunque debo admitir que yo era mas adicto a la siesta que Cacho.

La lista de anécdotas podría ser interminable. Contaré la última en este apartado. Tiene que ver con el diseño de talleres trimestrales por la tarde donde se podía rotar pero había que permanecer tres meses una vez elegido uno de ellos: taller de huerta (había un baldío que usábamos en el fondo de la escuela), taller de escritura (Cacho, por supuesto), taller de teatro (no recuerdo quién lo coordinaba), taller de deportes (coordinado por el profe de educación física, buen tipo, reacio al compromiso político y gremial), taller de modelaje en barro y pintura (coordinado por la maestra de arte de la que no recuerdo el nombre pero que era muy bonita según mi parecer de ese momento). Yo ya vivía en pareja y cuando veía a la profe modelar barro sentía algunas contradicciones interiores que me ruborizaban un poco. Por eso trataba de no pasar por ese taller.

A mí me gustaba leer pero no me imaginaba coordinando un taller de escritura. Por eso coordiné el de huerta. Cacho era mi ídolo cuando leía con los pibes. Creo que allí se sembraron en mí algunas semillas que estuvieron latentes muchos años antes de que iniciaran su proceso de germinación.

Sé que algunos deben estar pensando que algo está mal en el relato, que tengo fallas de memoria o que estoy contando alguna mentirita. Digo esto pues dije antes que trabajaba también en La Matanza. ¿Cómo hacía este maestro para trabajar jornada completa en Capital y en La Matanza? Sencillo, salía corriendo de la escuela para alcanzar el tren a Gregorio de Laferrere que pasaba a las cinco menos cuarto por la estación Soldati. La estación estaba a una cuadra de la escuela. Y en González Catán y en Virrey del Pino trabajaba de siete de la tarde a las diez de la noche en la obra negra de una construcción abandonada que la transformamos en escuela. Y un detallito no tan pequeño: con Cacho y todos los compañeros poníamos plata para volantes y carteles de huelgas y movilizaciones pues en ese tiempo todo era a pulmón. AUDEC y la UDEM funcionaban con el dinero que voluntariamente aportaban los militantes como nosotros, o sus familias, claro. ¡Si habremos manguelado guita a la mamá de Cacho o a los viejos de Jorge!

Acabó el 75, comenzó el 76 y llegó la dictadura

Cacho en la 1 del 19, yo en la 22 del 19. Estábamos a 300 metros de distancia; recorrerlos para reunirnos significaba la posibilidad de que muchos ojos que

desconocíamos radiografiarían cada uno de nuestros pasos. Por eso, como en una pesadilla impensable apenas un año atrás, nunca caminé de la escuela a la suya, nunca caminé de la suya a la mía. Y lo bien que hicimos en no hacerlo.

Recuerdo que el 24 de marzo del 76 llegué a la escuela y la portera me dijo que no había clase porque habían dado un golpe de Estado. ¡La portera me avisó! Hoy lo recuerdo y me parece increíble. Estuve tentado de ir a la escuela de Cacho, solo tenía que caminar de Riestra a Pola y entrar por la calle de la canchita de fútbol; una tontería que afortunadamente no cometí.

Entonces dejamos de ir al local de San Juan porque ya no hubo local de San Juan. Comenzamos a reunirnos en casas de familiares, amigos y compañeros. En menos de dos meses yo ya no tenía ni trabajo ni escuela y en menos de cuatro hubo allanamientos por parte de grupos paramilitares en la casa de Marcela, Nahuel y Cacho y por esos milagros que a veces ocurren, la fuerza de tareas no se llevó al niño como un trofeo más.

Creo que antes de eso vi a Cacho dos o tres veces más, siempre en casa de su madre. Dos meses después yo ya estaba en el exilio.

El 31 de diciembre de 1976 me ilusioné con su libertad. Los milicos mandaron a los diarios una lista de personas que según ellos habían puesto en libertad. En esa lista figuraba Cacho Carranza. Mi alegría fue tan grande como efímera. En horas supimos que la noticia era falsa. Una atrocidad más de la dictadura. De ahí en adelante solo recuerdos, ilusión de saber, bronca, tristeza.